

GABRIEL MIRO DE LOS HUMILDES

TENIA el alma propensa a la melancolía y quizá por eso era dulce y profundo. El paisaje alicantino, las tierras pobres de secano, los labriegos analfabetos e instintivamente sabios, las mujeres eternamente enlutadas, los enfermos leprosos, los niños sucios y mocositos, todo ese mundo de gentes humildes y sencillas se le clavaron en las capas más hondas y entrañables de su ser. Con ellos sufría y lloró con ellos hasta romperse el corazón, adelantándose a su época como si intuyera que el futuro de la Humanidad no está en el grosero materialismo marxista que aspira a lo imposible, es decir, a fundar la felicidad universal sobre medidas políticas y económicas, olvidando el verdadero espíritu de Jesús, o sea, la felicidad humana fundada en el amor, no en el odio.

Los jóvenes de ahora desconocen a Gabriel Miró porque no lo leen. Pero cuando todo se clarifique y se pongan las cosas en su lugar, las generaciones venideras lo harán. Entonces se darán cuenta de que fue un escritor grande, de prosa original y atractiva que antepuso su amor a los humildes a todo lo demás, y se admirarán de la defensa que hizo de ellos. Todavía no estaban de moda los Derechos Humanos, pero Gabriel Miró los presintió con su inteligencia genial viendo a distancia en el futuro.

De todo aquello que el filósofo e historiador francés Ernesto Renán ha dejado dicho, una de las cosas que más me ha impresionado es que todas las tentativas «socialistas» de nuestra época seguirán siendo infecundas a menos que se injerten en ese árbol inmenso del cristianismo, orientado hacia siglos venideros, y cuyo tronco y raíces serán eternamente el «reino de Dios».

Por su parte, Juan Pablo II nos ha dicho recientemente que «con el amor como guía se pueden hacer grandes cosas».



Miró en la Casa de ABC

Gabriel Miró coincide con ellos y anticipadamente puso sus manos sobre la pobreza y la podredumbre de pueblos y ciudades. No fue un Flaubert sin genio con el cual le compara un insidioso escritor para degradarle. No fue «un Flaubert reblandecido como una confitura monjil», en palabras textuales de ese mismo insidioso escritor valenciano que las escribió sin duda cegado por la frustración y el resentimiento. Por el contrario, Gabriel Miró se adelantó a su tiempo y a su ambiente porque poseía una mente clara y lúcida llena de encanto y sinceridad. Nadie como él amó a sus semejantes más que a sí mismo. Nadie como él supo denunciar la miseria, la injusticia y la mentira allí donde estuvieran. Tan es así que por su sincero y sereno arrojo se le persiguió hipócritamente, fue derrotado en el Fastenrath

y le pusieron el veto para que no llegara a ser académico.

«¿Que si me atrae ser académico?», diría a un periodista. «Estoy en la edad exacta en que puede agradarme y convenirme. Joven no se desea. Viejo ya no es menester.» Mientras tanto, en esa espera, le sorprendió la muerte. El camino literario recorrido por Gabriel Miró fue difícil y áspero, como el de todos los gigantes buenos y geniales.

Además, Gabriel Miró nos ha dejado otra gran lección, la del retorno al campo y al paisaje y a la belleza infinita del cielo abierto. Allí donde se sentía libre y se le serenaba el alma. Allí donde el aire es puro y expande esa fragancia de las flores de los árboles frutales. Allí donde gustaba de tenderse sobre un tapiz de hierbas olorosas, tomillo, romero, salvia, cantueso. Allí donde a veces le sorprendieron pastores y campesinos con los brazos abiertos como si quisiera darse, enamorado, al inmenso paisaje de la Marina alta. Un Gabriel Miró apasionado e intuitivamente ecologista que presintió las heridas que le inferiríamos a la Naturaleza en el futuro. Un Gabriel Miró que si viviera aún pondría su voz y su pluma en defensa de ese Mediterráneo, de esas ciudades y campos y ríos maltrechos y acosados por la contaminación, el fuego, el cemento y la ignorancia.

Por lo demás, los amigos de Gabriel Miró son ahora tantos, que se extienden por todo el mundo.

En su centenario he querido recordar al extraordinario maestro, puesto que es ésta, la de maestro, su dimensión más grande. Su ejemplar honestidad y hombría de bien y su brillante forma nos nutren y nos nutrirán, y en cada hombre y mujer de hoy y de mañana existe y existirá una parte suya, aun en aquellos que no le han leído. Leámosle... Es el mejor homenaje que se le puede hacer.

Carmen SORIANO

«EL ANGEL, EL MOLINO, EL CARACOL DEL FARO»

MIRANDO por encima del hombro, ganándole en estatura al penacho de la palmera y al garabato de la antena televisiva, a tejas y azoteas, el faro acaba por triunfar sobre el resto del paisaje, alerta siempre, Polifemo de obstinado monóculo, torreón de irás y no volverás, batuta sabia, dedo de San Juan, en fin. Digo y no miento que, llegado el atardecer, cuando el horizonte marino se traga, como una hucha, el duro del sol, resulta fiesta mayor para la vista. Santa Lucía nos la conserve, alcanzarle al faro la brasa de su lente, candela de cigarro, mientras abajo, en lucha con la roca, brama el oleaje de la mar mejor cantada por pluma de escritor. Acabo de nombrar a Gabriel Miró, un día terco y enamorado veraneante de Cabo de Palos, tan devoto de su paisaje que de sus médulas y sustancias supo sacar temas para uno de sus libros —«El ángel, el molino, el caracol del faro»—, hermoso y deslumbrador como todos los suyos.

Antonio Ros, el gran oftalmólogo español con residencia en México, autor de múltiples e importantes publicaciones, me ha contado que, en sus ya lejanos veraneos en Cabo de Palos, vecino de



Gabriel Miró vino a resultar. En México, Antonio escribió un interesante artículo sobre Miró, en el que afirmaba cómo el escritor alicantino insistía en su deseo de vivir siempre en aquella casa de Cabo de Palos, «enjalbegada de azul, con agua fresca de aljibe y anchas ventanas abiertas al levante».

Antonio, contumaz visitante de España, por lo menos una vez al año o antes si espera peligro de nostalgia, me refiere anécdotas y pormenores de Miró en sus veraneos en la playa cartagenera: sus horas de meditación, cara al Mediterráneo; sus paseos por la costa; su trabajo frente a las cuartillas, en su cuarto, torre de marfil inaccesible a las visitas...

—«Algunas noches solía invitarme a acompañarle por el acantilado, a lo que él llamaba «sacar la luna».

Por el roquedal, salvando vacíos y recibiendo el rocío bautismal del oleaje, ganaba el horizonte despejado, el agua desnuda y grande, para aguardar, efectivamente, expectantes, el acontecimiento de ver nacer la luna, redonda como la corona de los santos, entera y blanca, goteando mar.

—Aquel era todavía un Cabo de Palos familiar, íntimo, sin bares ni cines.

Ahora, su impronta de poblado pesquero, con su sencilla escenografía de red y barca para cuadro de zarzuela, ha sido derrotada por el pedante hormigón, aunque no tanto que desde sus calles se deje de alcanzar el brochazo azulón de la mar, la palmera y el molino, el telón de fondo de los «montes mineros, ilagados por el escorial de la galena», sierra de La Unión, devorada por el barrero, tripas al aire... En La Unión vive don José, pariente, por línea materna, de Gabriel Miró.

—¡Pues claro que recuerdo los veranos de tío Gabriel! Cierro los ojos y me parece verlo todavía, escribiendo, meditando, pidiéndole un vaso de agua fría a tía Clemencia... Bueno, los niños bajo ningún pretexto podíamos acercarnos hasta él cuando escribía...

Don José Jiménez es un hombre culto, conversador admirable, que guarda, en olor de reliquia, libros dedicados por «tío Gabriel», retratos, recuerdos... Coincide con Antonio Ros, nacido precisamente en La Unión:

—Entonces Cabo de Palos era sólo un pueblecito de pescadores y escasos veraneantes, con el brazo de arena de la Manga al fondo, totalmente desierta, como escenario de contrabandistas y piratas. ¡Con decir que en el poblado no había ni un solo hotel!

—¿Hay en Cabo de Palos un hotel aceptable? ¿En la Barra, en la playa, dónde?, me preguntaba en una carta Clemencia, la hija de Miró, muchos años después de la muerte del escritor, cuando Cabo de Palos, sin embargo, no había despertado aún a las solicitudes del turismo.

Había alcanzado yo su amistad cuando Clemencia Miró, criatura de veras encantadora, andaba convocada por la muerte. «Una enfermedad tenaz, exasperante, me tiene varios meses alejada de toda actividad.» Algunas de sus cartas me llegaban escritas a máquina. «Dicto estas letras. Sigo en cama.» En todas sus cartas, fechadas en Madrid, el recuerdo de la tierra levantina, de la mar levantina. «Lamento que en nuestro Cabo de Palos —Clemencia subrayaba el adjetivo, a sabiendas de mi amor por este paisaje— no haya un hotel sencillo pero bueno. Tendré que ir un día de excursión, apresuradamente. Sólo buscabá allí, en la soledad, los años de mi infancia y tantas cosas más en el recuerdo.» Y en otra carta: «Gabriel Miró tuvo siempre el mar frente a sus ojos, en su obra, en su alma.» ¡Exquisita, terca fidelidad de los Miró al mar, a la mar! Olimpia, la hija mayor del escritor, me decía luego, muerta ya su hermana, que guardaba todavía un puñado de conchas y caracolillos, recogidos un día lejano por la mano infantil de Clemencia. La propia Clemencia terminaba así uno de sus sonetos: «Mi mar... el mar que, siempre igual, me espera.»

Ahora, a los cien años del nacimiento de Gabriel Miró, tarde amarilla de verano, gano una vez más el camino del faro para llegar hasta su basa de piedra bien plantada, lugar privilegiado desde donde se diría que la mar, extendida a los pies de las calas, tiene algo de inmenso «poster» pegado a la corteza de la tierra. Contemplar desde aquí sus fresquísimos azules plurales, beberse golosamente un trago de viento salobre, como un mosto vivificante, ¿no viene a resultar, de algún modo, válido homenaje al escritor que cantó este paisaje con la más bella, bien avenida y enamorada prosa?

Asensio SAEZ



VISITA DEL EMBAJADOR RUSO AL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GALICIA

El embajador de la URSS en España, Yuri V. Dubinin, fue recibido ayer por el presidente de la Junta de Galicia, José Quiroga Suárez, en el Palacio de Rajoy, en Santiago de Compostela. En el curso de la visita, calificada de cordial y protocolaria, el embajador Dubinin hizo entrega de un cuadro de un pintor contemporáneo soviético al señor Quiroga Suárez. La URSS, con estas prácticas corteses y elegantes, parece que respuntea de soberanía a los entes autonómicos.



OPERACIONES DE RECOGIDA DE REFUGIADOS VIETNAMITAS EN EL MAR

Ante el alarmante número de refugiados vietnamitas que aún continúan a la deriva por el mar de la China y huyendo de la opresión comunista, barcos de distintas nacionalidades se dedican en estos días a rescatar a las personas que los ocupan y que permanecen en ellos en condiciones dolorosamente infrahumanas. En Subic Bay, unidades de la VII Flota de los Estados Unidos recogieron unos doscientos refugiados en penosa situación, mientras que el buque noruego «Lysekil» (en la imagen) se hacía cargo de otro numeroso grupo de vietnamitas.